

LA ESTRATEGIA NACIONAL *

Alberto Cardemil Herrera **

Comienzo expresando mi gratitud por la posibilidad de discutir temas trascendentes para nuestro país, cuestiones de Estado, en una instancia tan seria, prestigiada y profesional como esta Academia. Los políticos hoy, urgidos por la vertiginosa contingencia, acosados por los medios de comunicación masivos, hemos tenido que desarrollar la habilidad de hablar en titulares de prensa, en cuñas televisivas, en blanco y negro. Ello ha ido creando en el debate una verdadera indignancia de profundidad, altura y mirada a largo plazo.

Pero vamos a la pregunta central. ¿Dónde vas Chile? Pues bien, pienso que para poder contestarla con alguna validez y significación, debemos responder antes otras dos: ¿Cuál es el mundo por donde vamos a transitar? ¿De dónde venimos y donde estamos?

Los meandros de la posmodernidad.

Las revoluciones tecnológicas en marcha.

Tres revoluciones tecnológicas están modificando al mundo. La primera de ellas (a) se da en el área de la *información y las comunicaciones*. En un proceso que se masificó en los años 90, el computador y los teléfonos son la misma cosa, los satélites hablan el lenguaje digital. El internet se llamará mañana mismo acceso digital múltiple.

La segunda (b) se da en el área de la *biotecnología*. Muy pronto habrá bancos de órganos y producción industrial artificial de órganos. Ello implica remezones éticos brutales, en el mundo poco preparado para entender y decidir por qué ha preferido reemplazar la moral por la moda.

La tercera (c) es la *tecnología de los materiales en miniatura a nivel molecular*. Consiste en una aplicación de lo digital al mundo de la materia usando patrones biológicos.

Todo esto produce cierto sobrecogimiento, pero hay dos maneras de superarlo, o ignoramos lo que está pasando y quedamos definitivamente atrasados, o tomamos el atajo tecnológico y salimos en soluciones de punta a un costo relativamente menor.

El lento, potente, e inevitable proceso de la globalización.

La globalización se mueve lentamente, sin detenerse, pero desplaza una energía sociológica gigantesca. Ella no se detendrá a menos que estalle un conflicto mundial generalizado de tal magnitud que termine con los bloques e interrumpa el comercio marítimo. *La necesidad de controlar los mares y su espacio aéreo.*

Una tendencia insoslayable de la globalización (a) es la importancia del mar, del comercio marítimo, de la fluidez del tráfico naviero, y por ende la necesidad del control marítimo y su espacio aéreo.

Las tecnológicas en proceso cambiarán la naturaleza de los armamentos, de la seguridad y la guerra. Los proyectiles actuales serán reemplazados por misiles inteligentes, a velocidades de alrededor de 20 mach por minuto; accesibles para todos, y sólo en función de un costo enorme, (100 millones, 20 millones, 5 millones de dólares, por ej.).

La seguridad y la guerra se deslizan hacia rasgos característicos; la desaparición de la noción de campos de batalla locales; la existencia de centros de detección sensorial múltiple, unidades de control y comando por medio de comunicaciones expeditas; y el manejo de misiles inteligentes a través de combinaciones automáticas o combinaciones de inteligencia.

El enorme e importante espacio geofísico que debe controlar Chile bajo responsabilidad chilena, nos deja en el centro del problema y la oportunidad que esta tendencia representa.

La reafirmación del poder económico, militar y político de EE.UU. en los próximos 50 años.

Esta es la segunda tendencia (b) de la globalización, porque la apuesta de los años 80, al liderazgo emergente del Japón resultó errada. Europa no está planteada en términos de rivalidad. China es la única nación-continente que en los próximos 100 años podría levantarse como desafiante de esa hegemonía.

La globalización del terrorismo.

Junto con otros procesos positivos, contemplamos también otra tendencia negativa (c); la globalización del descontento, la pobreza, el conflicto racial y religioso, la criminalidad y el narcotráfico.

El acceso a las tecnologías ha potenciado además, a límites inimaginables la eficacia bélica de las bandas que quieran reivindicar por la fuerza aquellos postulados. El 11 de septiembre de 2001, con el uso de tecnología electrónica para un acto terrorista, con víctimas y cobertura mundial masiva, abrió la posibilidad, que se contempla en todos los análisis oficiales en EE.UU., del atentado nuclear con artefactos portátiles en el corazón de las urbes.

Dentro del panorama regional, vemos a Latinoamérica preñada de peligrosos gérmenes de inestabilidad, desde Colombia y Venezuela hasta Perú y Argentina. Otros se acercan riesgosamente a la línea roja como el Brasil. Quisiera advertir en este aspecto una vulnerabilidad muy profunda en nuestra sociedad: aún no nos hacemos cargo del gran poder que el narcotráfico puede desatar sobre nuestras vastas fronteras terrestres y marítimas.

De dónde venimos y dónde estamos.

Los superávits de la cuenta nacional.

El proceso de reconstrucción y refundación económica, social, política y espiritual, consolidado en las décadas de los 80 y 90, entrega como superávit de la cuenta nacional tres grandes fortalezas que nuestro país debiera mantener y explotar para concretar una participación enriquecedora en la posmodernidad globalizada.

En primer lugar *Chile se ha consolidado como un país homogéneo y unitario* (a). El Estado despliega sin fisuras su poder soberano, ocupa sin soluciones de continuidad sus espacios en la *triple condición de país continental, insular y antártico* que nos ha dado Dios y el universo que creó. El Estado de Derecho bajo la fórmula de una *República Democrática*, se ha constituido en un vehículo de integración nacional y prestigio internacional.

En segundo lugar en Chile hay un *aceptable grado de estabilidad y orden* (b). El espacio político se haya ocupado plenamente por dos grandes coaliciones sistémicas. La continuidad de una, o la *alternancia en el poder* a cargo de la otra, son consideradas opciones legítimas, aceptadas todas previstas como no traumáticas y normales.

En tercer lugar el *modelo de desarrollo económico chileno*, centrado en la libertad y la apertura de una *economía netamente exportadora* (c) nos permite exhibir indicadores macroeconómicos sólidos y apreciados internacionalmente, mantiene intactas las potencialidades de crecimiento y nos otorga una posición moderna y de vanguardia para *la inserción sin contradicciones en el gran flujo globalizado del comercio mundial*.

Las señales de tormenta.

Es preocupante la *estagnación del crecimiento* (a). Chile ha perdido ímpetu, vuelo creador. Una sensación de desconfianza para emprender aparece ligada a un empantanamiento del desarrollo sin el cual será imposible solucionar los numerosos, graves y urgentes problemas

sociales. Si lo tenemos todo para volver a crecer al 8 ó al 10%, ¿por qué nos mantenemos pegados en el 2 ó el 3%?.

Preocupa el *progresivo desprestigio de la actividad pública y de los políticos* (b). Merecida muchas veces y otras fomentada irresponsable e injustamente, surge aquí un germen larvado de inestabilidad. Las cifras de renuencia a la participación son alarmantes (sobre 8.000.000 de electores inscritos, más de 2.000.000 de ciudadanos no han votado, han anulado, o votado en blanco 1997 y 2001).

El *Estado*, la forma de definir *políticas públicas y los instrumentos fiscales* esperan *reformas urgentes* (c). La modernización y la regionalización están estancadas y no pasan de ser tópicos para el discurso electoralista. La reestructuración de la educación y la salud -instrumentos naturales de promoción de los estratos medios, base sustancial histórica de nuestra organización nacional- no pasan de ser anuncios repetidos, controvertibles y controvertidos. Los partidos políticos se han ido quedando obsoletos y dificultan la gobernabilidad (afectando en el caso oficialista la autoridad presidencial y el proyecto alternativo de gobierno en el caso de la oposición). Chile convive aún con el escándalo social de 3.000.000 de conciudadanos en grados intolerables de pobreza; la distribución de la renta marca una brecha intolerable entre el 20% más rico que recibe el 60% del ingreso y el 20% más pobre que no alcanza a recibir el 4%.

A dónde y por dónde ir. Algunas propuestas para encontrar los caminos del porvenir.

Tomar la alternativa espiritual correcta. Hoy no somos felices.

El país se encuentra en una de sus encrucijadas arquetípicas, propia de sus ciclos históricos de 30 años. Tales disyuntivas se resuelven por decisiones espirituales colectivas que surgen de una masa crítica de opinión pública que las condiciona. Las que están en debate son tres: “*El conformismo de la aceptación del más o menos*”; “*La regresión ideológica al todo de nuevo*”; o “*El reimpulso de la modernidad*”.

Declaro que estoy jugado entero a la tercera opción “*El reimpulso de la modernidad*”, y persuadido de que esa es la que el país debe tomar. Es imprescindible hacer los cambios necesarios para hacer más transparente, más representativa y eficiente la democracia; reafirmar el modelo de economía libre, abierta y expansiva; generar la confianza de grandes acuerdos nacionales; reformar a fondo el aparato público nacional y regional; definir y aplicar políticas eficientes para incorporar a las grandes mayorías a los beneficios del progreso.

Las otras dos opciones tienen un sólo nombre, el conflicto; en la primera “*El conformismo de la aceptación del más o menos*”, conflicto por insatisfacción de expectativas; en la segunda “*La regresión ideológica al todo de nuevo*”, conflicto por intervención de los ingenieros sociales de turno.

Ha surgido en Chile una nueva mayoría, del todo transversal cuyos ejes son la eficacia en la solución de los problemas de las personas, la paz social, el respeto a las diferentes y múltiples opciones comunitarias, y la probidad.

En esta convicción avanzo dos pronósticos, sin siquiera tomar posición electoral, dejando su respuesta abierta. El primero: ganará la próxima elección presidencial quien sea capaz de convencer, sugestionar y convocar no a quienes ya han votado en las anteriores elecciones sino a quienes se han rehusado a participar, especialmente a los jóvenes. El segundo: si las coaliciones políticas actuales no son capaces de ponerse a la vanguardia de la nueva mayoría, desaparecerán del mapa político y serán reemplazadas por otras más modernas y eficaces.

Legitimar los objetivos nacionales.

Puede ser un error letal confundir el globalismo con la globalización. El globalismo es la creencia que el mercado internacional funcionará automáticamente y arreglará, de paso, los problemas políticos y desarrollo interno.

Ello no es así. Un país pequeño como el nuestro requiere una apuesta país, que convoque y sugiera a todos. Sólo con nuestra producción económica no somos importantes y podemos llegar a ser irrelevantes.

Es urgente la convocatoria a *definir un plan nacional, un programa priorizado de metas a mediano y largo plazos*, que oriente nuestro tránsito por los escenarios nuevos. Esta debe ser una tarea de Estado, transversal de interés público y privado que deje atrás las luchas pequeñas de facción, de camarilla política, las divisiones de caja chica.

El Libro de la Defensa ha iniciado la tarea de lograr estas definiciones. Es fundamental elevar el rango jurídico de esa norma y legitimarla política y socialmente en un esfuerzo común de gobernantes y gobernados. Sin brújula conductora nos confundiremos en los meandros informes y vertiginosos del globalismo.

Es preciso *recuperar una cultura de Nación*, propia de una comunidad de origen y destino que es lo que caracteriza a los Estados en forma y constituyen el elemento básico de conservación nacional. Un sano revisionismo histórico debiera conducirnos a un renovado respeto por la diversidad cultural que nos caracteriza como pueblo, pero nunca a la desintegración de una unidad construida trabajosamente durante siglos. Las contradicciones gubernamentales, el énfasis de señales confrontacionales para los efectos de la lucha política, el fomento y premio del conflicto son elementos que agravan la carencia de un objetivo nacional que perdure y trascienda la contingencia política.

Poner en la mesa del juego nuestra capacidad de ser aliados serios.

Los problemas del terrorismo, del narcotráfico, de la ecología, de las epidemias, del crimen organizado, la nueva realidad de la inseguridad multipolar, biológica, química o nuclear, nos otorga la gran oportunidad de ser aliados serios y creíbles. Ello es así porque la única posible y necesaria vía de solución de estos conflictos se llamará *cooperación multilateral encabezada por los EE.UU. y Europa*.

Norteamérica ha declarado que existen 64 países de distinto tipo donde existe Al Qaeda, mañana pueden ser 120, y sabe que no puede solo contra ellos ni tiene sentido definir como enemigos a cientos o miles de millones de personas. Necesitará entonces aliados menores, rol en el que podemos tener una presencia eficaz, digna y seria con ventajas evidentes en los acuerdos económicos y políticos con Europa y con ellos mismos.

Definir con rapidez y precisión nuestra oferta internacional.

Nuestras cartas de triunfo en la mesa del juego de los poderes internacionales son: *la privilegiada posición geofísica y geopolítica (a), la estabilidad política y la confianza económica exterior (b) la fuerza de una voluntad de ser que creó una Nación-Estado con materiales que parecían imposibles de organizar (c)*.

El aprovechamiento del capital país debe incluir nuestra capacidad de desarrollo, nuestra seriedad institucional, y una potencia militar y diplomática reforzada. No podemos seguir considerando la defensa nacional como un gasto, ella tiene que formar parte del aparato productivo del país porque es parte decisiva de su identidad. Tampoco podemos considerar la diplomacia como un egreso superfluo porque será vital en un escenario multifocal de conflictos, donde el

interés chileno puede estar en riesgo no sólo dentro de nuestras fronteras sino en Norteamérica, o en Eurasia o en Japón.

Diseñar bien nuestra oferta dignificará *dinamizar la capacidad de inteligencia, acción y reacción de las Fuerzas Armadas*, desarrollar una gran capacidad sensorial de detección y desplazamiento rápido, porque de ese tipo serán los conflictos del mundo, en los que habrá que intervenir en 24, 48 ó 72 horas.

Tomar en serio nuestra condición de país marítimo.

La importancia del mar en la posmodernidad globalizada implica un desafío y una oportunidad geofísica y geopolítica únicas. Más del 80% de nuestro comercio exterior es realizado a través del mar, más de 8 millones de puestos de trabajo se relacionan directa o indirectamente con sus actividades, somos el segundo país que más utiliza el canal de Panamá, controlamos los otros dos únicos pasos operables entre el Atlántico y el Pacífico, Pascua es la base equidistante entre la Oceanía y la América.

En este contexto la habilitación de puertos modernos, importantes y seguros, es vital. También, entre otras cosas, será vital la definición de un sistema eficaz irrelevante de guardacostas, que controle la pesca, vagamente abierta y por ende peligrosamente abierta a los comercializadores europeos, como asimismo expuesta al narcotráfico.

Un constructor de nuestra Patria, don Manuel Montt, decía que el primer principio de la estrategia, después de definir el objetivo, era mantenerlo, usando todos los recursos de poder. El gran ex Presidente entendía también que la cooperación era simultaneidad de esfuerzos.

Chile tiene la posibilidad de entrar en la etapa de los grandes acuerdos transversales para lograr acercamientos de bien común.

Nosotros tenemos el deber de aprovecharlos y de impulsarlos, porque los costos de no hacerlo serían demasiado altos para las generaciones que vendrán y nuestra Nación derivaría a una sucursal de quinta clase del supermercado mundial de ideas, valores y principios.

* Seminario "La Estrategia Nacional: ¿Quo Vadis Chile?", realizado el 21 de junio de 2002, en la Academia de Guerra Naval.

** Abogado. Magíster en Ciencias Políticas, Universidad de Chile y Universidad de Salamanca, España. Diputado por la Comuna de Santiago. Miembro de la Comisión Permanente de Defensa.